

clásico **sexto** piso

*Tratado
sobre los
sacrificios*

JOSEPH DE
MAISTRE

Tratado sobre los sacrificios

JOSEPH DE MAISTRE

TRADUCCIÓN DE MARÍA TABUYO Y AGUSTÍN LÓPEZ



Yo no adopto el axioma impío:

El miedo de los hombres imaginó los dioses.

Me complazco, por el contrario, en señalar que los hombres, al dar a Dios los nombres que expresan grandeza, poder y bondad, al llamarle *Señor, Maestro, Padre*, etc., muestran claramente que la idea de la divinidad no podía ser hija del temor. Se puede observar también que la música, la poesía, la danza, en una palabra, todas las artes agradables, se incluían entre las ceremonias del culto; y que la idea de alegría se mezcló siempre tan íntimamente con la de fiesta, que esta última se convirtió en todas partes en sinónimo de la primera.

Lejos de mí, por otra parte, creer que la idea de Dios haya podido tener un comienzo para el género humano, es decir, que pueda ser menos antigua que el hombre.

Sin embargo, debemos confesar, después de haber afirmado la ortodoxia, que la historia nos muestra al hombre persuadido en todo tiempo de esta espantosa verdad: que vive bajo la mano de una potencia irritada, y que esta potencia no puede ser aplacada sino por medio de sacrificios.

Primus in orbe deos fecit timor. Este pasaje, cuyo autor verdadero se ignora, se encuentra entre los fragmentos de Petronio. Ahí está, en efecto.

y el mar les responde con sus bramidos;
la ribera gime a lo lejos blanqueada por la espuma,
la llama de la hoguera se enciende por sí misma;
brilla el cielo con relámpagos, se entreabre, y
[sobre nosotros
arroja un santo horror que nos tranquiliza a todos.

¡Era necesaria la sangre de una muchacha inocente en la partida de una flota y para el éxito de una guerra! Una vez más, ¿de dónde, pues, habían sacado los hombres esta idea? ¿Y qué verdad habían corrompido para llegar a este espantoso error? Está bien demostrado, creo, que todo se debía al dogma de la sustitución, cuya verdad es incuestionable, e incluso innata en el hombre (pues, de no ser así, ¿cómo habría podido adquirirla?), pero de la que abusó de manera deplorable: pues el hombre, hablando con propiedad, no adopta el error. Solamente puede ignorar la verdad, o abusar de ella; es decir, extenderla, por una falsa inducción, a un caso que le es extraño.

Dos sofismas, parece, extraviaron a los hombres: primero, la importancia de los sujetos de los que se trataba de apartar el anatema. Se decía: «Para salvar a un ejército, a una ciudad, incluso a un gran soberano, ¿qué es un hombre?». Se consideraba también el carácter particular de dos clases de víctimas humanas ya consagradas por la ley civil política; y se decía: «¿Qué es la vida de un reo, o de un enemigo?».

Es muy probable que las primeras víctimas humanas fueran criminales condenados por las leyes; pues todas las naciones creyeron lo que creían los druidas, según

nos cuenta César:¹ *que el suplicio de los culpables era muy agradable para la Divinidad*. Los antiguos creían que todo crimen capital cometido en el Estado *ligaba* o *ataba* a la nación, y que el culpable era *consagrado* o dedicado a los dioses hasta que, mediante la efusión de su sangre, se hubiera *des-ligado* o *des-ataado* a él mismo y a la nación.²

Vemos aquí por qué la palabra *consagrado* (SACER) se tomó en la lengua latina en su sentido bueno y en su sentido malo, por qué la misma palabra en la lengua griega ὍΣΙΟΣ significa igualmente lo que es santo y lo que es profano; por qué la palabra *anatema* significaba igualmente lo que se ofrece a Dios como don y, a la vez, lo que se entrega a su venganza; por qué, en fin, se dice en griego y en latín que un hombre o una cosa han sido *des-consagrados* (expiados), para expresar que se les ha lavado de una mancha que habían contraído. Esta palabra *des-consagrar* (ἀφοσιῶν, *expiare*) parece contraria a la analogía: el oído no instruido pediría *re-consagrar* o *re-santificar*; pero el error no es más que aparente, y la palabra es muy exacta. *Consagrado* significa en las lenguas antiguas lo que es *entregado a la Divinidad*, no importa con qué objeto, y que se encuentra así *ligado* o *ataado*, de manera que el suplicio *des-consagra*, *expía*, o *des-liga* o *des-ata*, igual que la *ab-solución* religiosa.

Cuando las leyes de las XII tablas pronuncian la muerte, dicen: ¡SACER ESTO (*que sea sagrado*)!, es decir, *consagrado*

¹ *De bello gallico*, VI, 16.

² Estas palabras de *ligar* o *atar* y *desligar* o *desatar* son tan naturales que se encuentran adoptadas y fijadas en nuestro lenguaje teológico.

[*devoué*]; o, por expresarlo más correctamente, *dedicado* [*voué*]; pues el culpable no era, hablando con rigor, *con-sagrado* [*dé-voué*] mas que por la ejecución.

Y cuando la Iglesia reza *por las mujeres* dedicadas (*pro devoto femineo sexu*), es decir, *por las religiosas* que están realmente *dedicadas* en un sentido muy exacto,³ se trata también de la misma idea. Por un lado, está el crimen, y por otro la inocencia; pero uno y otra son SAGRADOS.

En el Diálogo de Platón llamado *Eutifrón*, un hombre a punto de acudir a los tribunales con una terrible acusación, puesto que se trataba de denunciar a su padre, se excusa diciendo «que uno se mancha igualmente cometiendo un crimen o dejando vivir tranquilamente al que lo ha cometido, y que quiere llevar adelante su acusación, *para absolver a la vez a su propia persona y a la del culpable*».⁴

Ese pasaje expresa perfectamente el sistema antiguo, que, desde un cierto punto de vista, hace honor al buen sentido de los antiguos.

Por desgracia, al estar los hombres convencidos del principio de que *la eficacia de los sacrificios era proporcional a la importancia de las víctimas*, del culpable al enemigo no hay más que un paso: *todo enemigo se convirtió*

³ Un periodista francés, bromeando sobre ese texto, *Pro devoto femineo sexu*, no se privó de decir que *la Iglesia ha concedido a las mujeres el título de sexo devoto* (*Journal de l'Empire*, 26 de febrero de 1812). No hay que enfadarse con las personas cultas para que aprendan latín, sin duda pronto lo sabrán. No obstante, habría sido conveniente que lo hubieran aprendido antes de reírse de la Iglesia romana, que lo conoce aceptablemente.

⁴ Ἀφοριστικὸν τετυτὸν καὶ ἐχθρῖνον, Plat., *Eutifrón*, *Opp.*, vol. I, pág. 8.

en culpable; y, desgraciadamente, también todo extranjero se convirtió en enemigo cuando hubo necesidad de víctimas. Este horrible derecho público es bien conocido, y por eso HOSTIS,⁵ en latín, significó inicialmente tanto enemigo como extranjero. El más elegante de los escritores latinos gustaba recordar esta sinonimia;⁶ y quiero señalar también que Homero, en un pasaje de la *Iliada*, expresa la idea de enemigo por la de extranjero,⁷ y que su comentador nos advierte para que prestemos atención a esta expresión.

Parece que esta inducción fatal explica perfectamente la universalidad de una práctica tan detestable; que la explica muy bien, digo, *humanamente*: pues no quiero en absoluto negar (¿y cómo el sentido común, ligeramente iluminado, podría negarlo?) la acción del mal que lo había corrompido todo.

Esa acción no tendría fuerza alguna sobre el hombre si le presentara el error aislado. Pero eso ni siquiera es posible, puesto que el error no es nada. Si no existiese una idea antecedente, el hombre que se hubiera propuesto

⁵ *Eusth. ad Loc.* La palabra latina *hostis* es la misma que *hôte* (*hoste*) [huésped] en francés; y una y otra se encuentran en el alemán *hast*, aunque sean ahí menos visibles. Siendo, por tanto, el *hostis* un enemigo o un extranjero, y bajo esa doble relación sujeto del sacrificio, el hombre, y a continuación, por analogía, el animal inmolado, se llamarán *hostia*. Sabemos cómo esta palabra ha sido desnaturalizada y ennoblecida en nuestras lenguas cristianas.

⁶ *I, soror, atque hostem supplex affare superbum.* (*Virg. En. IV, 424*). *Ubi Servius: —Nonnulli juxta veteres hostem pro hospite dictum accipiunt* (*Forcellini in hostis*).

⁷ Ἀλλότριος φῶς. *Iliada V. 814.*

ISBN 978-84-96867-49-9



9 7 8 8 4 9 6 8 6 7 4 9 9



clásico**sexto**piso